



Tsvietáieva ya no vive en Moscú

Marifé Santiago Bolaños

A Olvido García Valdés, Monika Zgustova,
Irina Bachelis, Concha Hernández
y Tatiana Pigariova: porque érase una vez

Una casa puede ser un libro de versos, pero también el rostro de una adolescente y el de una mujer madura que son la misma mujer. Una casa es mañana para que la presencia del alma de una poeta devane la madeja y las horas den cuenta de un instante en el que ni los años ni la geografía significan nada.

Ella dijo que volvería a esta casa antes de un siglo. Está sola, con sus niñas, en Moscú, desde el 18 de enero de 1918. Como en el drama de su admirado Lorca, pasan cinco años sin saber nada de él cuando Ilya Ehrenburg le dice que su esposo Sergei Efrón está vivo. 1922: Alía y ella hacia Berlín. Viajarán a Praga para encontrarse con Efrón, se establecerán, definitivamente, en París... En el camino desde el pasado que ella mitifica y el presente que le exige soñar como ejercicio de disciplina contra la desesperación, el amor probablemente se ha perdido, por eso el nacimiento de Mur, el hijo más pequeño, es otra cosa.

Otra cosa que arrastra la muerte de su pequeña Irina en Moscú, una muerte de hambre y de pobreza que representa, con una crueldad que ni los poemas perdonan, la infamia de la historia y la impiedad de sus ideologías. Ocurre que la muerte de la niña volverá a suceder cuando la noticia del fallecimiento de una querida amiga del pasado haga que la memoria de Marina Tsvietáieva la lleve a ese Moscú de los orígenes, donde su familia ha tomado la decisión de regresar. Estamos en los últimos 30 del novecientos, y Marina, que lleva más de 20 años fuera, sabe que el barco que la lleve al país que ya no es su país irá conducido por Caronte porque Rusia no es nada salvo en la memoria: ya ha pasado lo peor, dice, y lo que tenga que suceder será destino.

La memoria que le trae la muerte de Irina es, ahora, Sofía Holliday en aquella casa moscovita donde la poeta se quedó sola con sus dos hijas. Es Sofía probándose, inocente y coqueta, el vestido que le ha regalado su amiga. Es Sofía, Sonia, Sóniechka Holliday jugando con la pequeña Irina, que apenas balbucea pero ya ha aprendido a echar de menos a esta delicada actriz que colma de luz las tardes oscuras de su madre.

La memoria es así, a veces alegría que cae sobre los hombros del tiempo exactamente igual que caen los granos de arroz o de trigo sobre el cuerpo de las novias. Alegría incluso en la adversidad, como cuando ojeamos álbumes con fotos antiguas y una dulcísima zozobra se apodera del corazón. La memoria guarda el amor a una época en la que, alrededor de Marina Tsvietáieva, crecía un mundo brotado de las palabras de quienes, al fin, iban a escribir el relato de tal época. Algunas de aquellas palabras quisieron arrancarse de cuajo; otras, se tiñeron de colores espurios hasta que hubo que ser valiente y sagaz para no confundirse.

La amistad. Leer juntas en la habitación de Marina. Salir a fumar al tejado de esta casa barco. Marina, capitán en el altamar de los sueños:

(Sólo cuando recuerdo a Sóniechka, entiendo todas esas comparaciones de mujeres con flores, de ojos con las estrellas, de labios con pétalos y etcétera –en la profundidad de los tiempos. “Entiendo” no es del todo exacto: las creo de nuevo)

...Eso escribe en *El relato de Sóniechka*... 1937 es la memoria, 1918 era Sofía Erguénevna Holliday...

Memoria: Marina tiene veintialgunos años y su hija Irina ha muerto de hambre, su hija Alia está en una especie de hogar de la beneficencia, y ella se siente vieja y acabada. Sin embargo, aún pesa más la balanza de la vida, aún la soledad se disfraza de palabras que abrigan y de versos que crecen como tendrían que crecer las niñas vivas. Los nombres de los amigos son las únicas promesas de la luz; y fidelidad, abedul, chal o labio se sientan en los peldaños de la escalera para hacerle compañía.

La casa de Marina Tsvietáieva en Moscú tenía, antes de la derrota, habitaciones donde los sentimientos eran huéspedes bienvenidos. Estaba la habitación de la música y la armonía, con ese piano al que, cada día, bajaban los dioses de la Belleza para beber de sus aguas. Creo que hoy nosotras no somos visitantes y por eso nuestra guía es como el ciego Tiresias advirtiéndome porque conoce y custodia el pasado que aún no ha acontecido. Eso pienso en la habitación de la escritura: en el aire aprendo a leer poemas de Marina, que ha hecho sólidas la pared, las casas y las esquinas del mundo.

Al entrar en la habitación de los juegos lloramos. Y nos sentamos en el suelo como los reyes de Shakespeare, esos que cuentan historias tristes emborrachados por el dolor y la sinrazón. La fotografía que alguien nos toma se queda dentro de una fotografía ampliada de las dos niñas, Ariadna e Irina, que aún sonríen: este es el tiempo de la espera y quizás lloramos porque las niñas de la foto ignoran su destino irrevocable (¿lo peor ya ha pasado y lo que queda es ya destino?) y porque su madre no va a poder hacer nada por desviarlo.

Nosotras, me parece, somos los verdaderos fantasmas de esta casa, los fantasmas que invaden los espejos donde todavía respiran Marina, Ariadna, Irina, Sofía Hollyday... Fantasmas de las siempre solas. Somos compañeras de las sombras de Efrón, de la niña Irina muerta, de Marina Tsvietáieva haciéndose vieja de repente. [...] Y leer Guerra y Paz. Yo –amo la Paz, Marina, la Guerra –no, sin querer siempre me salto páginas enteras. Porque es una cosa de hombres, Marina, no nuestra...

...Son las palabras de Sóniechka que ella extrae de los cajones cubiertos por el polvo del tiempo...

La casa se fue haciendo minúscula como sus ilusiones a medida que crecía el despropósito y la pesadilla. Casa de la familia Efrón-Tsvietáieva ahora compartida. Apenas un cuarto, lo que una vez fue la cocina, para Marina y las niñas (aún eran dos, una para cada mano, como escribe en ese poema sobrecogedor que da cuenta de la barbaridad de la muerte de un niño). Quizás alguna vez se queden a dormir amigos en la cocina que ahora es toda la casa: mantener el fuego es fundamental en estos casos, porque el fuego promete la reconciliación con el porvenir, porque el calor que supera las leyes de la naturaleza relata no sé qué salmos para seguir existiendo.

La casa de Marina Tsvietáieva en Moscú ahora es una casa museo, y frente a la puerta una estatua recuerda a la poeta creando una sutil plaza-túmulo. Es como en la antigua Grecia, cuando se erigía un recordatorio a los dioses de los umbrales y de los cruces de caminos. Nos fotografiamos también ahí, en tales abismos, dudando de que Marina Tsvietáieva ya no viva en Moscú...

En su cuaderno de noviembre de 1919 había escrito:

Yo sé quién soy: una Bailarina del Alma.

Ella escribió que regresaría a esta casa antes de cien años. En la cocina. 1919. Quién sabe si no está siendo así. Marzo de 2011. Quién sabe. Hace falta un pájaro para acabar este viaje: que se pose una urraca misteriosa en los hombros de la estatua de Tsvietáieva, que nos haga girarnos hacia ella cuando alguien dispara la cámara, que salga movida esta fotografía, que solo sea nítido el vuelo de ese pájaro. Quién sabe.

Marifé Santiago Bolaños es poeta y filósofa.